CAPÍTULO XXXV.

Donde se prosigue la noticia que tuvo D. Quijote del desencanto de Dulcinea, con otros admirables sucesos.

AL compás de la agradable música vieron que hacia ellos venía un carro de los que llaman triunfales, tirado de seis mulas pardas, encubertadas empero de lienzo blanco, y sobre cada una venía un diciplinante de luz, asimismo vestido de blanco, con una hacha de cera grande encendida en la mano.

Era el carro dos veces y aún tres mayor que los pasados, y los lados y encima dél ocupaban otros doce diciplinantes albos como la nieve, todos con sus hachas encendidas, vista que admiraba y espantaba juntamente; y en un levantado trono venía sentada una ninfa vestida de mil velos de tela de plata, brillando por todos ellos infinitas hojas de argentería de oro, que la hacían si no rica, á lo menos vistosamente vestida. Traía el rostro cubierto con un transparente y delicado cendal, de modo que sin impedirlo sus lizos, por entre ellos se descubría un hermosísimo rostro de doncella, y las muchas luces daban lugar para distinguir la belleza y los años, que al parecer no llegaban á veinte, ni bajaban de diez y siete. Junto á ella venía una figura vestida de una ropa de las que llaman razogantes, hasta los pies, cubierta la cabeza con un velo negro; pero al punto que llegó el carro á estar frente á frente de los duques y de Don Quijote, cesó la música de las chirimías, y luego la de las arpas y laúdes que en el carro sonaban, y levantándose en pie la figura de la ropa, la apartó á entrambos lados, y quitándose el velo del rostro, descubrió patentemente ser la misma figura de la muerte, descarnada y fea, de que Don Quijote recibió pesadumbre, y Sancho miedo, y los duques hicieron algún sentimiento temeroso.

Alzada y puesta en pie esta muerte viva, con voz algo dormida y con lengua no muy despierta, comenzó á decir desta manera:

Yo soy Merlín, aquel que las historias
dicen que tuve por mi padre al diablo
(mentira autorizada de los tiempos),
príncipe de la mágica, y monarca
y archivo de la ciencia zoroástrica,
émulo á las edades y á los siglos,
que solapar pretenden las hazañas
de los andantes bravos caballeros,
á quien yo tuve y tengo gran cariño.

Y puesto que es de encantadores,
de los magos ó mágicos, contino
dura la condición, áspera y fuerte,
la mía es tierna, blanda y amorosa,
y amiga de hacer bien á todas gentes.
En las cavernas lóbregas de Dite,
donde estaba mi alma entretenida
en formar ciertos rombos y carácteres,
llegó la voz doliente de la bella
y sin par Dulcinea del Toboso.

Supe su encantamento y su desgracia,
y su transformación de gentil dama
en rústica aldeana: condolíme
y encerrando mi espíritu en el hueco
desta espantosa y fiera notomía,
después de haber revuelto cien mil libros
desta mi ciencia endemoniada y torpe,
vengo á dar el remedio que conviene
á tamaño dolor, á mal tamaño.

Oh tú, gloria y honor de cuantos visten
las túnicas de acero y de diamante,
luz y farol, sendero, norte y guía
de aquellos que dejando el torpe sueño
y las ociosas plumas, se acomodan
á usar el ejercicio intolerable
de las sangrientas y pesadas armas:
á ti digo, oh varón, como se debe
por jamás alabado: á ti, valiente
juntamente y discreto Don Quijote,
de la Mancha esplendor, de España estrella,
que para recobrar su estado primo
la sin par Dulcinea del Toboso,
es menester que Sancho tu escudero
se dé tres mil azotes y tres cientos
en ambas sus valientes posaderas,
al aire descubiertas y de modo
que le escuezan, le amarguen y le enfaden
y en estos se resuelven todos cuantos
de su desgracia han sido los autores.
Y á esto es mi venida, mis señores.

Voto á tal, dijo á esta sazón Sancho, no digo yo tres mil azotes, pero así me daré yo tres como tres puñaladas. Válete el diablo por el modo de desencantar: yo no sé qué tienen que ver mis posas con los encantos. Por Dios que si el señor Merlín no ha hallado otra manera

Yo soy Merlín, aquel que las historias dicen que tuve por mi padre al diablo.